Y si estais entre ellos, callan;
Murmuran de vuestros hechos,
Y acreditan os la fama,
Porque no mostrais papeles
De Jarifas, ni de Zaidas,
Como algunos, cuyos pechos
No son pechos, sino plazas,
Porque de vuestras divisas
Nunca se supo la causa,
Y respetando favores
Agradeceis esperanzas.
Ya sabeis que concertaron
Los Gomeles unas cañas,
Y que salen los Cegríes
En competencia á jugarlas.
Salid, Celindo, á las fiestas,
Y sacad plumas y mangas
Del color de vuestros gustos
Y de la fe de vuestra alma;
Que yo aseguro que os miren
Algunas que nunca os hablan,
Y que tengais más promesas
Que tienen ellos palabras.
Pedidle favor al tiempo,
Y á fortuna dadle gracias,
Que entrambos han de valeros
A pesar de sus mudanzas;
Y á la amiga de Adalifa
No os canseis de sobornalla,
Porque el amor solicite
Y á vuestra ventura valga,
Que una amiga de otra amiga
Mil imposibles alcanza,
Y montes de inconvenientes
Cuando importa los allana.—

Esto escriben á Celindo
Dos damas del Alpujarra,
Que en secreto le respetan,
Y en público le maltratan.

CELALBA.

—Celalba, mora que al mundo
El bien de amor representas,
Alba en nombre, y al fin alba,
Que el suelo adornas y alegras:
Tú que de tu hermosa boca
Suspensos los hombres dejas,
Y á los que robas las vidas,
Con matarlos los recreas;
Ya que de mis esperanzas
La flor me coges y llevas,
Y de mi gusto y amor
Has hecho dichosa prueba,
Quiero darte mi consejo,
Si mi edad florida y nueva,
Y ser partes con pasion
No contradicen mi lengua:
Vive, señora, á tu gusto,
Que la voluntad sujeta
Es polilla del contento,
Y las lágrimas le anegan.
No gustes de soledades,
Aunque eres sola en belleza,
Que el sol con ser bello y solo
A todos mira y calienta.
¡Ah mora sabrosa y dulce!
¿Es posible que la tierra

Tiene y sustenta morales
Que nos den fruta tan bella?
¿Quién habrá que sus deseos
Y apetitos no te ofrezca,
Pues en tí sola el dechado
De la hermosura se encierra?
Ese alcaide que te guarda,
Rios por sus ojos echa,
De tristes celos bramando,
Aunque en el bramar acierta.
Quiere tenerte escondida,
Y con recato encubierta;
Mas eres luz de hermosura,
Y la luz mucho se muestra.
Presume que su cuidado
Será de tus gustos rienda,
Y no ve que sus sermones
Acrecientan más tu tema.
¡Mal conoce las mujeres,
Que aquello que se les veda
Quieren gustar lo primero,
Imitando á la primera!
¿No ve que son como el agua,
Que si su curso refrenan,
Busca venas diferentes
Por donde bien correr pueda?
¿Ni que la que finge más,
Que es su corazon de piedra,
Si con oro la martillan
Al momento da centellas?
¿Ni sabe que es como el árbol
Que por industrias y pruebas
Viene á dar fruto primero
Que quiere naturaleza?
Al fin de sus ignorancias

Le da merecida pena,
Pues siendo vivo tu gusto
Pretende ser su albacea.
¡Celalba, por Alá santo,
Que si le burlas y ciegas,
He de adorarte cual luna,
Como lo manda mi secta!—

ZULEMA.

1.°

Aquel valeroso moro,
Rayo de la quinta esfera,
Aquel nuevo Apolo en paces,
Y nuevo Marte en la guerra;
Aquel que dejó en memoria
De mil hazañas diversas,
Antes de apuntalle el bozo
Por punta de lanza hechas;
Aquel que es tal en el mundo
Por su esfuerzo y por su fuerza
Que sus mismos enemigos
Le bendicen y le tiemblan;
Aquel por quien á la fama
Le importa que se prevenga,
Para contar sus hazañas,
De más alas y más lenguas:
Zulema al fin, el valiente,
Hijo del fuerte Zulema,
Que dejó en la gran Toledo
Fama y memoria perpétua;
No armado, sino galan,

Aunque armado más lo era,
Fué á ver en Avila un dia
Las fiestas como de fiesta.
En viéndole, la gran plaza
Toda se alegra y se altera,
Que ver en fiestas al moro
Les parece cosa nueva.
En los andamios reales
Los Adalifes le ruegan
Que se asiente, aunque se temen
Que á todos les escurezca.
Bendiciéndole mil veces
Su venida y su presencia,
Le dan las damas asiento
Dentro en sus entrañas mesmas;
Pero al fin Zulema en medio
De los alcaides se sienta,
Que lo fueron por entónces
De la mayor fortaleza:
Cuando más breve que el viento,
Y más veloz que cometa,
Del celebrado Jarama
Un toro en la plaza sueltan,
De aspecto bravo y feroz,
Vista enojosa y soberbia,
Ancha nariz, corto cuello,
Cuerno ofensible, piel negra.
Desocúpale la plaza
Toda la más gente de ella;
Sólo algunos de á caballo,
Aunque le temen, le esperan:
Piensan hacer suerte en él,
Mas fuéles la suya adversa,
Pues siempre que el toro embiste
Los maltrata y atropella.

No osan mirar á las damas,
De pura vergüenza dellas,
Aunque ellas tienen los ojos
En otra fiera más fiera.
A Zulema miran todas,
Y una disfrazada entre ellas,
Que hace á todas la ventaja
Que el sol claro á las estrellas,
Le hizo señas con el alma,
De quien son los ojos lengua,
Que esquite aquellos azares
Con alguna suerte buena.
La suya bendice el moro,
Pues gusta de que se ofrezca
Algo en que á la bella mora
De sus deseos dé muestra:
Salta del andamio luégo,
Mas no salta, sino vuela,
Que amor le prestó sus alas,
Como es suya aquesta empresa;
Cuando ve que á un hombre el toro
Con piés y manos le huella,
Y siendo sujeto al hombre,
Agora al hombre sujeta.
A pié se parte á librarle,
Y aunque todos le vocean,
No lo deja, porque sabe
Que su victoria está cierta.
Llega al toro cara á cara,
Y con la indomable diestra
Esgrime el agudo alfanje
Haciéndole mil ofensas:
Retírase el toro atras,
Líbrase el que estaba en tierra,
Grita el pueblo, brama el toro,

Vuelve á aguardarle Zulema.
Otra vez vuelve á embestille,
Y mejor que la primera
Le acierta, y riega la plaza
Con la sangre de sus venas:
Brama, bufa, escarba, huele,
Anda alrededor, patea,
Vuelve á mirar quién le ofende,
Y de temelle da muestras.
Tercera vez le acomete,
Echando por boca y lengua
Blanca y colorada espuma,
De coraje y sangre hecha;
Pero ya cansado el moro
De verle durar, le acierta
Un golpe, por do á la muerte
Le abrió una anchurosa puerta:
Levanta la voz el vulgo,
Cae el toro muerto en tierra,
Envídianle los más fuertes,
Bendícenle las más bellas;
Con abrazos le reciben
Los Azarques y Vanegas;
Las damas le envian el alma
A darle la enhorabuena;
La fama toca su trompa,
Y rompiendo el aire vuela;
Apolo toma la pluma:
Yo acabo, y su gloria empieza.

2.°

Aquel esforzado moro,
Abencerraje Zulema,
Espejo de valentía

Y retrato de nobleza;
Aquel paciente amador,
Y guerrero sin paciencia,
Que fué muro de su patria
Y reparo de su secta,
En un caballo español
Sale rompiendo la tierra,
El cual, con tropel menudo,
Bate la menuda arena,
Y casi toca en la cincha
Sin tocarle él con la espuela,
Convirtiendo en blanca espuma
Un freno de color negra.
El moro sale gallardo
Y gallarda su librea,
Que con mucho amor la hizo
Y no sin mucha prudencia.
La marlota es naranjada
En señal de su firmeza,
Y no de verde color,
Que ya no se precia della;
Pues como dichoso amante
La esperanza tiene muerta,
Porque goza de su dama,
Y con esto ya no espera.
Lleva el capellar pintado
De una dulce primavera,
Porque dentro de su alma
Todo es placer cuanto lleva:
Y lleva el bonete azul,
No porque celoso venga,
Sino porque de su cielo
Es la color más perfecta.
Y lleva un rico cendal
Que le ciñe la cabeza,

Prenda de su amada mora,
Y de su amor dulce prenda.
Lleva ademas por divisa
Una venturosa emblema,
Señal de infinito amor
Y de no poca soberbia.
Era, pues, el ave Fénix
Ya de ceniza cubierta,
Cubierta, mas no quemada,
Y si quemada, no muerta;
Porque recibiendo vida
Levantaba la cabeza,
Y en la más ardiente llama
Mostraba mejor su fuerza.
Esto lleva el rico amante,
Y en arábigo esta letra:
«Así recibo yo vida
»De la dama que lo ordena»;
Porque amaba sumamente
A Zara, una mora bella,
Estimada en la ciudad
Por su antigua descendencia,
Y de la Reina estimada
Como universal princesa,
Aunque servida en la córte,
No sin mucha competencia:
Servida, mas no pagada,
Sino sólo de Zulema,
Que como fino amador
En su pecho la celebra.
Págale cumplidamente,
Y áun procura que le deba,
No para más libertad,
Sino para más cadena;
Y así por esta ocasion

Trajo esta rica librea,
Declarando en la pintura
Lo que gozaba por ella.
Cruza por el ancho Coso,
Donde está su dama llega,
Mírale toda la gente
Y admirada le celebra.
El moro, como es galan,
Usa de su gentileza,
Que atraviesa la estacada
Y á Zara el pecho atraviesa.
Llegóse al primer balcon,
Que era do estaba la Reina;
Humilla el esquivo cuello,
Y al momento se endereza;
Y es mucho para tal moro
Usar de tanta llaneza,
Haciendo agora en la paz
La que no quiso en la guerra.
Bate el caballo feroz
Con la rigorosa espuela,
Y coge su dura lanza
Para tal efecto hecha:
Un hierro con otro junta,
Y no con mucha braveza,
Que si la mano apretára
En fuego la convirtiera;
Mas viéndose ya subido
En el punto que desea,
Humillar hace al caballo
Y la dura lanza quiebra,
Diciendo con voz altiva
Aunque de arrogancia llena:
—Todo es poco, bella Zara,
En tu divina presencia.—

3.º

Del Alhambra á media noche
Sale gallardo Zulema,
Ciego de cólera y celos,
Si acaso los celos ciegan.
Bajaba el valiente moro
De noche, por ver si en ella
Puede con su oscuridad
Dar lumbre á cierta sospecha,
De que su querida Zara,
Mora hermosa y discreta,
Alma de su pensamiento,
La fe y palabra le quiebra.
Tenía celos el moro
Del alcaide de Marbella
Que en Granada residia,
Porque su calle pasea.
Cuanto lleva en el vestido
Va publicando su pena,
Que quiere ya publicalla,
Y lo diga su librea.
La marlota verde oscura,
Señal de esperanza muerta;
De una cadena bordada
Llevaba fija esta letra:
«Mi esperanza cautivé;
»Y como se vió sujeta,
»Dudando de su rescate
»Vino á morir en cadena.»
El bonete carmesí,
Y en él una pluma negra,
Y por letra: «Mi alegría

»Compite con mi tristeza.»
Caballo rucio rodado,
Y escrito en entrambas riendas:
«Ha rodado por mi alma
»De mi fortuna la rueda.»
En el campo del adarga
Llevaba una calavera,
Y un mote en la frente escrito
En que dice: «Ya estoy cerca.»
Un borceguí datilado,
Dorado sólo la vuelta,
Que dice: «Si vuelta está,
»Difícil será volvella.»
Una banderilla azul
En una lanza jineta,
Y dice la letra: «Celos,
«Hincádsela hasta que muera.»
Ceñido un dorado alfanje,
Dorado jaez y espuelas,
Y toca dorada al brazo,
Que es de su Zara la empresa.
Llegado al sitio y lugar
Adonde su amada prenda
Vivia, aunque en sus entrañas
Tiene morada más cierta,
Vió la ventana cerrada,
Y por no volver sin vella,
Con el cuento de la lanza
Dió un pequeño golpe en ella.
Su dama, que descuidada
Estaba de la novela,
Por un pequeño postigo
Se asomó por ver quién era.
No le conoció tan presto,
Estando un rato suspensa;

Zulema picó el caballo,
Allegándole más cerca,
Diciéndole: — ¡Sol del mundo,
Qne en los ojos reverberas,
Abrid toda la ventana,
Desterraréis las tinieblas!
Ella que le conoció,
Le dijo: — Amado Zulema,
Ese nombre es propio vuestro,
Yo luna basta que sea,
Que ya sabeis que á la luna
El sol su lumbre le presta;
Y si acaso tengo alguna
La recibo de la vuestra. —
Zulema le dijo: — ¡Ay, Zara,
Cuánto en el alma me pesa
De que te cuadre ese nombre
De luna, y que yo sol sea!
Porque la luna en el cielo
Viendo el sol en su presencia,
Nó da de sí luz ninguna,
Señal que de ello le pesa;
Y cuando se alegra más
Es cuando tu sol se ausenta,
Y creo que tú lo imitas
En esto por darme pena.—
Respondió Zara turbada:
— ¡Qué bien de ver se te echa
En eso, y en venir tarde,
Que los celos te hacen guerra!
Desecha, Zulema amigo,
Ese dolor que te aprieta,
Aunque escaramuza y pajes
Veas delante mis puertas,
Pues soy de peña á sus dueños

Cuanto para tí de cera.—
Zulema, algo asegurado,
Sólo la da por respuesta:
— ¡Plegue á Dios que al mucho curso
No se allane la carrera! —
Con esto se parte el moro,
Humillando la cabeza,
Con intento de mudar
Caballo, lanza y librea.

CEGRI.

1.°

A sombras de un acebuche,
Entre robles y jarales,
Habia una cueva oscura
Labrada por un salvaje,
Valiente moro Cegrí,
Señor de los Alijares,
Y salvaje por desdenes
De una dama Bencerraje.
De frutas verdes y secas
Se mantiene, porque sabe
Que mantiene verde y seca
La esperanza de sus males.
Estando pues en su cueva,
Oyó gemir en un valle
A una leona fiera
Que de su leon no sabe:
Hundia el aire con quejas,
Y luégo rompiendo el aire
A sus querencias volvia

Bramando porque bramasen,
Mas como en guerra de celos
El más fuerte ménos vale,
Pensando que no es querida
Viva pena, y muerta cae.
Suspirando dice el moro:
—¡Amor, de juicio sales!
Con los hombres te haces fiera,
Y con fieras hombre te haces.
Deja á esa leona muerta
Por tu gusto, y por amante,
Que otra más brava te espera
Mantenida con mi sangre.
Seis años me desterró,
Que se cumplen esta tarde,
Y mañana parto á vella
Con bruto dolor y traje.
Sola una merced te pido:
Que si á Granada llegáre,
La vean aquestos ojos
Porque los suyos acaben.—

2.º

En un aposento oscuro,
El más de toda la casa,
Entre las ocho y las nueve
Un dia por la mañana,
Cegrí, dicho el Montañes,
Por nacer en la Alpujarra,
La marlota se desnuda,
Y el turbante se quitaba,
Que ha puesto para ir á ver
A la hermosa Belisarda.

Halo arrojado en el suelo,
Y él se ha arrojado en la cama,
Y con ardientes suspiros
Consigo mismo ansí hablaba:
¿Adónde vas, atrevido?
¿Adónde tanta arrogancia?
¿No miras cuán poco vales,
Y el valor de Belisarda?
¿Quién eres tú, y quién es ella?
Dos mil veces replicaba.
Levantóse como un rayo
Y abre todas las ventanas,
Y toma tinta y papel
Y la escribe aquesta carta:
«Señora, el dejar de veros
No es porque me falta gana,
Sino por no dar disgusto
A quien mi disgusto causa,
Porque tu gusto no pierda
Lo mucho que el mio gana;
En no verte pierdo mucho;
Mas no pierdo, que tú ganas.
Perdona, señora mia,
Las pesadumbres pasadas,
Que pues las causó locura,
Bien me disculpa ignorancia.
A mis importunaciones
Tambien has dado tú causa,
Dándome tales favores,
Que el menor de ellos bastaba
Para poder competir
Con el mejor de Granada.
Tú, mi señora, me diste
Grandísimas esperanzas
De mejorar los favores

Que agora van á la larga.
Pensé que fuera subiendo
Como quien sube por gradas;
Mas pensando ganar tierra
Voy perdiendo la ganada.
Los favores que me das,
Si es que te salen del alma,
No hay á qué los comparar,
Pues pensarlo pone calma:
Mas si son por cumplimiento,
Suplícote no los hagas,
Pues son dineros de duende,
Que en sombra se desbaratan;
Cuartos que llaman de fraile,
Que en el mercado no pasan:
Pesas que por no ser justas
Están del rollo colgadas;
Obras hechas en pecado,
Que no aprovechan al alma;
Son obispados de anillo,
Cuya renta no se paga;
Voz de guitarra sin cuerdas,
Fuerzas de cuerpo sin alma,
El beso y la paz de Júdas,
Cartas y escrituras falsas.
Yo, para decir verdad,
Harto dudo si me engañas:
Veo señales de amor,
Pero tibias y áun heladas,
Que por más que estoy sin verte,
Nunca veo que me llamas:
Cuando de tí me despido
Nunca me dices aguarda;
Si al cuello te echo los brazos
Los quitas y desenlazas;

Si llego mi rostro al tuyo,
El tuyo muy presto apartas,
Y por más que te lo ruego
Nunca quieres ver mi cara:
Haces reparo á mis manos
Las veces que se desmandan:
Todas estas son señales
De voluntad no muy sana.
Con todo aquesto, señora,
Te quiero ir á ver mañana:
Será para darte gusto,
Porque le tendrias sin falta,
Que aunque al entrar no lo tengas,
Tendráslo cuando me salga;
Si dijeres: Mal venido;
Dirás: Norabuena vayas.
Diciéndote estas sospechas
Tú me has dicho que son falsas,
Y que por no agradecellas
Pongo á tus favores tachas;
Y esto en buen romance es
Persuadirme que me amas:
Si es así, y me das lo más,
¿Cómo en lo ménos reparas?
Yo me daré por vencido
Con la vista de mañana,
Si entónces viere que estás
Corregida y emendada.
Sé larga en lo que nos resta
Si hasta aquí no fuiste larga:
Si del secreto recelas
Harán que le haya mis trazas,
Que habiéndotelas yo dicho
No te han parecido malas.
¡Pero harto malas son

Si no han de servir de nada!
Ya sabes que en el secreto
Nadie en el mundo me iguala.
Con esto solo concluyo,
Con que doy fin á mi carta;
Que si el favor que me diste,
Le diste de buena gana,
No habrá cosa que me niegues,
Pues es verdad apurada,
Que es fácil ganar la villa,
La fortaleza ganada.»
Habiendo la carta escrito
La cierra, y para envialla
Llamó un paje que la lleve;
Mas recélase de dalla,
Que para cosa tan grave
Ninguno hay de confianza:
Ni al flaco papel se atreve
Cargar carga tan pesada:
Envolvióla en un papel
Y en su escritorio la guarda.

3.º

Al venturoso Cegrí
La hermosa Celindaja,
Con más lágrimas que letras
Está escribiendo una carta:
Soberbio es el sobrescrito,
Que es soberbia su esperanza:
«Al ídolo de mi gusto,
Tan al justo de mi alma.
Si temo viéndote ausente,
No te admires, prenda cara,

Porque este monstruo de ausencia
Pare imposibles mudanzas;
Y mas tú, olvidado moro,
Que con encomiendas flacas
Sabes hacerte tan fuerte
Que borras memorias hartas.
Hablo, amigo, de experiencia,
Que conozco tus ventajas,
Y temo propias sospechas
Cuando á ajenas tierras vayas.
Tu descuido me promete
Cuidado por nueva causa;
Que eres para ser querido
Y no han de faltarte esclavas.
La que dejaste en Toledo
Con tu memoria descansa,
¡Quiera Alá, dichoso moro,
Que allá esté desocupada!
En mi corazon te mira
Las tardes y las mañanas,
Que el espejo de mi pecho
Son tus primeras palabras.
En mi alma tu fe guardo,
Si es que cual tuya la tratas:
Vén, visítala, Cegrí,
Que se confiesa agraviada.
Si me engañares, al ménos
Una mujer flaca engañas,
Culpada de voluntad,
Que no pequé de ignorancia.
¡Ay moro del alma mia!...»
Aquí suspensa y turbada,
Renovando sentimientos,
Borra las letras que estampa:
Crece el nublo de suspiros,

Los ojos el papel bañan,
Falta á la mano el aliento,
Y á la pluma tinta falta.
La mora que las encierra,
Como es la mora encerrada,
Tocó á recoger el cuarto
De la Reina y de las damas:
Celindaja dobló el pliego,
Y á quien lo que es le demanda,
Dice que son devociones
Que pasa cada semana.

ARLAJA.

En el aceruelo Arlaja
Puestos los dos ojos tiene,
Eclipsadas ambas lunas
Con las lágrimas que vierte:
Mil veces pone los ojos
En la labor, y la vuelve,
Porque turbada de celos
El tino y los puntos pierde:
Dos mil se le corta el hilo,
Y no el hilo de sus fuentes,
Que como nacen del alma
Son perpétuas sus corrientes.
—¡Moro, dice, más ingrato
Que los ingratos de allende,
Pues en condicion ingrata
A esos bárbaros excedes!
Dime, Arlaja ¿qué te ha hecho,
Que le das tantos desdenes!
¿Es posible que no estimas

La palabra que le ofreces?
Si no me quieres, cruel,
¿Por qué en balde me entretienes?
Y si dices que me amas,
Quiéreme como me vendes.
Ten lástima de tu Arlaja,
Si de tí mismo la tienes,
Que vendrás á hacer al fin
Lo que agora no resuelves.
Bien sé que besas y adoras
Otras más altas paredes;
Mas no lo son en firmeza,
Que es firmeza de papeles.
Poca guarda es la que guardan
Altas torres, lienzos fuertes,
Que cuando quisiere el alma
Los hallará trasparentes.
Quiere bien en una parte,
No quieras en tantas veces,
Que es forzoso no querer
Si tan partido anduvieres.
¿No ves que es notable agravio
Seguir tantos pareceres,
Y pagar con un amor
A tres ó cuatro quereres?
¡Qué poco te cuesta amar,
Que tras cada canton mueres!
¡Bien parece que no amas,
Pues á ninguna aborreces!
Envidia te tengo, moro,
No á tu amorcillo, que mientes.
¡Oh quien pudiera mentir
Por querer siquiera á veinte!
De gallarda complexion,
De hermosa voluntad eres;

Tú vendrás á amar por tiempos
Algun millon de mujeres.
¡ Plegue á Alá que quieras tanto
Que de puro amor revientes,
Y que aborrezcas á todas
Cuando finges que las quieres,
O que dés en otro extremo,
Pues de extremo á extremo vienes,
Que te suban más de punto
Lo que tú tanto encarèces;
Y que pues eres Narciso,
Pues Narciso te pareces,
De tí mismo te enamores,
Pues no te bastan mujeres.

ALIATAR Y EL MAESTRE DE CALATRAVA.

1.°

De la Naval con quien fueron
Tan inclementes los hados,
Que es prueba de la fortuna
Y fe de sucesos varios;
En una playa desierta
Sus rotas velas dejando
A reparar, si es posible
Repararse rotos cascos,
Vuelve Aliatar á Castilla
Para que el rey toledano
Por tierra ó por mar le ocupe
En más peligrosos cargos;
Que de su linaje noble
Las proezas imitando,

Del gran Alfaquí su padre
Desea seguir los pasos.
Pasando, pues, su camino
Por la ciudad, á quien damos
El blason y la memoria
Del escudo castellano,
Adalifa, mora bella,
Amiga de amor de paso,
Puso en el moro los ojos
Para mudarse y quitallos.
Ya suspira porque ha de irse,
Ya llora porque ha llegado,
Ya del tiempo forma quejas,
Ya le llama dios humano;
Ya su muerte le da celos,
Ya sus celos son engaños,
Ya detiene á sus deseos,
Ya da rienda á sus cuidados,
Ya se le antoja que es Dido,
Ya que Aliatar el troyano,
Huésped, robador de fe;
Mas no hay fe donde hay agravios.
Mil promesas hace el moro
Contra el poder de los años,
Cuyo curso allana montes,
Y encumbra los valles llanos.
En esto llegó el ausencia,
Cirujano de cuidados,
Vida de presentes gustos,
Muerte de gustos pasados.
Así se trocó Adalifa,
Y en su pensamiento vário
Voló á otros nuevos desvíos
Regida de olvido ingrato;
Y Aliatar, porque no entienda

Que de su olvido hace caso,
Sobre la arena escribió
De su ligereza el cargo.

2.º

Alcaide, moro Aliatar,
Con la Reina os congraciasteis;
Mas son aquestas razones
De mujer que no de alcaide:
Dijiste no habia bonete
De moro, do no se halle
Toca de dama ó cabellos;
Medalla, cifra ó plumaje,
Y que las damas avisan
De que las esclavas salen,
De las damas mensajeras,
A visitar los galanes;
Que de papeles hay muestra
En el terrero las tardes,
Como si el mostrar papeles
No fuera bajeza grande;
Que rondando algunas noches
Encontrais al moro Azarque,
Debajo las celosías,
A donde suelen hablarse.
Si le topais ó le veis,
Prendedle ó acuchilladle,
Y si no, callad de dia,
Como de noche, ¡cobarde!
De la discreta Jarifa,
Siendo mentira, contastes
Que señas hizo en Genil
Al moro de Ocaña Azarque;

Y á las dos Galvanas bellas,
Siendo quien son los Galvanes,
Sin respeto y con malicia
De altaneras las tratastes.
Del cuarto de nuestras damas
Hicistes injusta cárcel,
Y apagando la ocasion,
Encendiste voluntades.
Alguna aficion dormia;
Yo sé que la despertaste:
¡Mucha privacion es fuerza
Que en mucho apetito pare!
Mentis, alcaide traidor;
Mentis, Aliatar infame,
Y perdonad, que las damas
Así me mandan que os trate;
Pues de esas falsas razones,
Y de ese traidor semblante,
No hay honra que esté segura,
Ni nobleza sin ultraje.
Los galanes caballeros
Sirvan damas principales,
Que en amores de esta suerte
Ningun desacato cabe.
Teneis entrañas dañosas,
Presumis grandes maldades,
Gobernais ajenos bienes,
Para el fin de vuestros males.
Las sospechas que soñais,
Publicaislas por verdades.
¡Ay de vos, y cómo os veo,
Que en pié os moriréis, alcaide!
Dama servisteis un tiempo;
Allegad y preguntalles
Quién sois vos, y quién son ellas,

Sabréis bajezas notables.
Jamas tuvisteis amigos
Que seis dias os durasen;
Señal de malos respetos,
No conservar amistades.
A las armas, moro amigo,
Dejad malicias aparte,
Y en vez de damasco y sedas,
Vestid jacerina y ante,
Que las manchas que en la honra
A tantos buenos echastes,
Han de salir con lavarlas
En vuestra alevosa sangre.

3.º

—Azarque, moro valiente,
En ausencia me infamaste,
Diciendo palabras que eran
Más de mujer que de Azarque.
Dices que te puse mal
Con la Reina y con los grandes,
Y que soy cobarde: mientes;
Tú mientes y eres cobarde.
Mira, Azarque, lo que dices
Otra vez ántes que hables,
Que si tu lanza es temida,
Ya de mi lanza temblaste.
Dijiste: —¡Pobre Aliatar!
En pié morirás, alcaide.
Yo te mataré en presencia,
Porque ausente no me mates.
Haces hechos con palabras,
Y obrando, hechos no haces,

Que has alcanzado la fama
Sin que la fama te alcance:
Si mandan darme la muerte
Las damas, ven á matarme,
Y podrás volver sin vida
A quien mi muerte esperáre;
Que soy más bravo y furioso
Que tú en mi ausencia mostraste:
Haréte agravio en los ojos
Antes que en el pié me agravies;
¡Mira que valen muy poco
Palabras que poco valen!
Pues las palabras y plumas
Dicen que las lleva el aire.
Considera que no puedes
Ausente hablar disparates,
Que es el ánimo que encierras,
Y quien las sabe las tañe.
Conozco bien tus espaldas,
Que tengo señas bastantes,
Por do tus fingidos hechos
No los sigas ni te jactes:
Deja el nombre de valiente,
Que no es razon que lo infames;
Pues se da el nombre de hechos
A quien hechos hacer sabe.
Búscame, Azarque famoso,
Que cuando á dicha me halles,
Podrás matizar mi lanza
En el matiz de tu sangre;
Mas el viento se las lleva,
Que como el viento se gaste,
Aire, palabras y plumas,
Todo es aire, y tú eres aire.—

4.º

Con el título de Grande
Que le dió el Rey por sus armas,
El fiero moro Aliatar
Va de Antequera á Granada.
Colgada del almaizar
Llevaba su cimitarra,
La izquierda mano en la rienda,
Y la derecha en la lanza.
Dos tocas sobre el bonete,
Y polvo sobre la cara,
Lágrimas sobre los ojos,
Y cuidados sobre el alma.
Del caballo por el aire
Vuela la cola alheñada,
Las manos huellan las cinchas,
Y la espuma el freno mancha;
De plata los acicates,
Que con la sangre que saca
Parecen sus blancas puntas
Coral en cabo de plata.
Iba tan ligero el moro,
Que si algun suspiro daba,
Desde donde le comienza,
A media legua le acaba.
No lleva preciosas piedras,
Porque aljófar y esmeraldas
Las dejó cuando se vino,
En dientes y ojos de Arlaja.
Por el semblante su pena,
Y por los ojos sus ánsias,
Y de todo la ocasion

Por la divisa declara
Un águila, cuyo pico
Se cebaba en las entrañas
De un sacre, con esta letra:
«Por envidia se las saca.»
—Déjale, envidia, en mi daño,
Dice el moro, porque habla
A solas, y le parece
Cualquiera sombra Abenámar,
Si con mi daño no medras,
¿Por qué mi ventura agravias,
Y haces que se marchiten
Tu fama y mis esperanzas?
¡Ay, amiga de mis ojos!
¡Ya no temo tu mudanza,
Que mis prendas, por ser tuyas,
No es posible sean falsas!
Muestra varonil esfuerzo,
Mira que será gran falta
Que mis armas te se rindan,
Y te rindan sus palabras.—
Dijo, y olvidóse luégo
De los respetos que guarda,
Y para vengar su injuria
A su pariente amenaza.
No espera verse delante,
Ni su respeto se guarda,
Porque va más que el caballo
Presurosa la venganza:
Lo que topa desmenuza,
Y á los hombres despedaza,
Y escápase de sus manos
La luna, por estar alta.
Dijo: —Si el temor de verme,
Abenámar, no te mata,

Espera para la vuelta.—
Y en esto se entró en Granada.

5.º

«Denme el caballo de entrada,
Que me dió el rey de Marruecos,
Aquel morcillo brioso
Que pisa galan y recio;
Aquel que rompe la tierra
Y vuelve al amor del freno
Las vueltas que á ver mi dama
Da mi triste pensamiento;
Quitadle el verde jaez,
Y enjaezádmele luégo
De negro, porque declare
La pena y mal de que muero.
La marlota quiero negra,
Y negro el tocado quiero,
Y las plumas del penacho
Como el vestido que llevo:
Las cañas negras tambien,
Porque se haga negro el juego,
Que quien tiene el pecho triste,
Color no le alegra el pecho.
Sólo el velo de adarga
Quiero que no vaya negro,
Sino azul, porque declare
Los negros celos que tengo.
Todo de negro vestido,
Por el arenal del puerto
Entró Aliatar en el coso
Acosando su tormento:
Vido á su Zoraida bella,

Y parte luégo corriendo,
Deseando de hablarla;
Mas no cumplió su deseo,
Que su contrario Celin
Pasó cerca de su puesto,
Y al pasar le echó Zoraida
Prendas que más le prendieron.
Echóle una toca verde,
Y una flor morada en medio,
Dándole fe y esperanza,
Y á Aliatar muerte de celos.
Parte Celin tan ufano
Cuanto Aliatar descontento,
Y sin acabar su pena
Principio ponen al juego.
Hicieron dos ó tres suertes,
Y el alcaide se está quedo,
Defendiéndose de cañas
Que pretenden ofenderlo.
Tiróle Celin la suya;
Mas con un enojo intenso
Su caña tiró Aliatar,
Que fué tiro sin remedio,
Porque dándole en la adarga,
Le pasó la adarga y pecho,
Abriendo al alma camino
Por donde salió al momento.
Apeóse del caballo,
Y fué donde estaba el muerto:
Quitóle la toca verde,
Esperanza de sus duelos;
Y volviendo á cabalgar,
Fuése á Zoraida diciendo:
¡Mal guarda Celin tus prendas,
Tan grande amor pretendiendo!

Quédate, tirana ingrata,
Que en tu memoria ésta llevo,
Que quiero hacer prendas propias,
Prendas que para otro fueron.

6.º

Por una nueva ocasion,
Tan penosa como fuerte,
Deja su villa de Ocaña,
Donde vive y donde muere,
El bravo moro Aliatar;
Porque su esperanza verde,
Los desengaños y el tiempo
Son causa de que se seque,
Pues á sus altos principios
Sucedió tan triste suerte,
Y tan infelice fin,
Que trocó su vida en muerte.
Vióse el moro regalado
De palabras y papeles
De la más hermosa mora
Que el reino morismo tiene,
Cuya bizarría estima,
Y cuyo donaire excede
A toda imaginacion,
Pues comparar no se puede.
De mala gana se parte
De donde su gusto tiene;
Mas fuérzanle á que lo haga
Los amigos y parientes,
Porque pronostican daño
De su amoroso accidente,
Que es la dama emparentada

Con Cegríes y Gomeles,
Y temen, sabido el caso,
No procuren ofendelle,
Y más el bravo Celindo,
A quien le cupo por suerte,
Moro de valor y estima,
Respetado de la gente,
Que el pueblo rige y gobierna,
Y en la villa vale y puede.
Partióse sin despedirse,
Porque no se parta alegre,
No por falta de ocasion,
Pues no falta á quien la quiere.
Solo se sale de Ocaña
Sin que amigo ni pariente
Para despedille salga,
Ni en su compañía lleve,
En un caballo morcillo,
Que las yeguas ya le ofenden,
No por no ser animosas,
Mas por el nombre que tienen;
Y quiso por su tristeza
Que tambien el jaez fuese
Negro, como su desdicha;
Y porque en todo se muestre,
En un capellar leonado
Llevo pintada la muerte,
Con esta letra, que dice:
«Matóme, sin que muriese.»
Sembrados de aves nocturnas
Llevaba un negro bonete
Con solas dos plumas pardas,
Que ya no las quiere verdes.
No quiso salir sin plumas,
Porque sus desdichas vuelen,

Como vuelan sus contentos,
Un mártes cuando amanece;
Y llevaba por garzotas
Un ramo de laurel verde,
En fe que contra la suya
El tiempo muy poco puede:
Por medalla, una leona
Que á sólo gemidos quiere
Dar vida á lo que ha parido,
Y dice lo que se lee:
«Estos bastan para darla,
«Mas quien á mi dalla puede
»Con ellos se ablanda ménos,
»Y mucho más se endurece.»
Una marlota encarnada
Bordada, de mil dobleces,
Y por borla aquesta letra:
«No son ménos los que tiene.»
Y una lanza con dos hierros,
Por sólo sufrir desdenes,
Y de morado teñida
La culpa de quien consiente;
De color de rosa seca
Es la bandera que pende,
En señal que se secó
Lo que ántes fué más verde;
El brazo todo cubierto,
Porque arregazado teme
De ver en él el retrato,
Que le obliga se destierre;
Con una toca amarilla,
Y en ella pintado viene
Un Fénix, que ya se abrasa
Y en ceniza se convierte,
Y con las alas soplando

Aquel fuego en que se enciende,
Y escrito con letras de oro:
«Mucho temo el parecerte»;
Con un alfanje ceñido,
Dado en su paciencia el temple,
Y en la guarnicion en cifra,
El nombre de quien lo ofende,
Colgado de un tahalí
Que tiene ramales trece,
Porque pasan de docena
Sus males, que no sus bienes,
Y en el campo del adarga
Lleva pintada su suerte,
Que es una escura noche
Que truena, graniza y llueve.
Un borceguí datilado,
Hechos lazos en reveses,
En señal que sus intentos
Todos al reves suceden;
Y en los estribos de bultos
Mil animales monteses,
Porque piensa que con ellos
Pasará su vida breve.
No quiso sacar espuelas,
Porque bastan sus desdenes
Para picar el caballo,
Y á él, que tanto los siente.
Con tan cansadas divisas
Llega á las aguas que vierte
El claro y corriente Tajo,
Y junto á una turbia fuente,
Que de un cenagal salia,
Al pié de un monte silvestre,
«Este, dice el moro, es
»El lugar que me conviene.»

Apeóse del caballo,
Y por el monte se mete,
Dejándole suelto y libre,
Como se ha visto otras veces,
Adonde piensa esperar
Lo que el tiempo de él hiciere,
Hasta que muerte, ó su mora
Su vida y estado truequen.

7.º

No con azules tahalíes,
Corvos alfanjes dorados,
Ni coronados de plumas
Los bonetes africanos,
Sino de luto vestidos,
Entraron de cuatro en cuatro,
Del malogrado Aliatar
Los afligidos soldados:
«Tristes marchando,
Las trompas roncas, los tambores des-
[templados.»
La gran empresa del Fénix
Que en la bandera volando
Apénas la trató el viento
Temiendo el fuego tan alto,
Ya por señas de dolor
Barre el suelo y deja el campo,
Arrastrado entre la seda
Que el Alférez va arrastrando:
«Tristes, etc.»
Salió el gallardo Aliatar
Con cien moriscos gallardos
En defensa de Motril
Y socorro de su hermano.

A caballo salió el moro,
Y otro dia desdichado
En negras andas le vuelven
Por donde salió á caballo:
«Tristes, etc.»
Caballeros del Maestre,
Que en el camino encontraron,
Encubiertos de unas cañas
Furiosos le saltearon;
Hiriéronle malamente,
Murió Aliatar mal logrado,
Y los suyos, aunque rotos,
No vencidos se tornaron:
«Tristes, etc.»
¡Oh cómo lo siente Zaida!
¡Y cómo vierten, llorando
Más que las heridas sangre,
Sus ojos aljófar blanco!
Dilo tú, Amor, si lo viste:
Más ¡ay, que de lastimado
Diste otro nudo á la venda,
Por no ver lo que ha pasado!
«Tristes, etc.»
No sólo le lloró Zaida:
Pero acompáñanla cuantos
Del Albaicin á la Alhambra
Beben de Genil y Darro;
Las damas como á galan,
Los valientes como á bravo,
Los alcaides como á igual,
Los plebeyos como á amparo:
«Tristes marchando
Las trompas roncas, los tambores des-
[templados.»